



EN EL PUERTO

—Son los españoles sin trabajo que los mandan para su país...

—¿Y a nosotros, a dónde nos mandarán...?

(Por ABELA en "Información").

HOMBRES DE LA REVOLUCION

Gabriel Barceló

BARCELO: CARTA A MAÑACH

Cárcel de Pinar del Río, 12 de noviembre de 1931

Sr. Jorge Mañach

Estimado Mañach:

En *El País* de hoy, día 12, he leído su artículo «Obstáculo en la línea».

Hasta esta cárcel, mísero amparo de expropiadores aislados de lechones, gallinas, tercios de tabaco, racimos de plátanos, etc.; los cuales no están aquí por sus sentimientos y juicios, sino, por mandato imperativo de sus estómagos; hasta este recinto, donde nos cobijamos también unos pocos rebeldes «políticos», ha llegado la influencia de su opinión inquieta e intelectualmente inquietante.

No leí —he estado incomunicado, algún tiempo, dos o tres meses— su artículo sobre las «minorías», tampoco conozco las «aclaraciones» de mi camarada Pendás; sin embargo, no puedo esperar a conocerlas para terciar en la discusión, aunque sin pretensiones de entrar en vuestra polémica verdadera o no.

El objeto de esta carta no es el de polemizar, ni tampoco el de darle calificativos molestos. Sólo me guía un deseo: el de aclararle a Ud., personalmente, que se puede tener filiación comunista y no ser dogmático.

He de confesarle, que hace algunos años, no me hubiera tomado ese cuidado. Tenía entonces de Ud., un concepto desfavorable, en la adopción del cual influyó probablemente cierta voz generalizada de que Ud. era algo pedante, algunos de sus artículos y la circunstancia antipática de que hubiera cursado estudios superiores en la Universidad de Harvard, —nido de polluelos imperialistas— del cual ni aún los «ingratos» como Albizu Campos, paladín del nacionalismo puertorriqueño, han salido inmaculados; Harvard, como los colegios religiosos, carga el espíritu de prejuicios difíciles de desarraigar. Actualmente tengo diferente criterio sobre su persona, habiendo Ud. probablemente cambiado también. Ahora, le conozco mejor y a pesar de que me parece usted un hombre vacilante, lo leo lleno de interés y gozo con

verdadero «sportmanship» con sus ingeniosas y sutiles ocurrencias. Se, que es usted estudioso y serio, aunque no desdeña el «choteo», todo lo cual me obliga a estimarle. Tanto más si considero la cantidad innumerable de los que ante cuestiones que preocupan a las mentes más alertas de esta etapa histórica, no logran producir más que verborrea y lugares comunes.

Me agrada hallar quien pueda con conocimiento de causa pensar y debatir los problemas sociales de hoy, aunque sea en individuos no comunistas, siempre que lo hagan de manera documentada y trascendental. Lo que me inspira el más profundo desprecio, que a veces busca y halla salida por el cauce bienhechor de la risa franca y sin cortapisas, es la frase campanuda y hueca de los verdaderos burgueses, de aquellos que, porque tienen un billete de a 1,000 dólares en la cartera o son senadores, representantes o profesionales, creen que pueden improvisar usando de su decantado sentido común, ayudado por textos escolares, disertaciones sobre intrincados problemas económicos o sociológicos. En esto creo que coincido con Ud., cuyos últimos artículos he tenido la oportunidad de leer debido a mi traslado circunstancial a esta cárcel. Una liquidación que se impone ciertamente es la de aquellos que alguien calificó genialmente de «analfabetos que saben leer».

Excúseme este largo preámbulo y tómelo como la presentación de un individuo a quien probablemente conocerá de nombre y de quien, sin embargo, por el hecho de ser solo un «agitador» (vulgar tanganero) y además comunista, debe usted tener un criterio quizás más estrecho que la línea política de un militante bolchevique.

Amigo Mañach, Enrique J. Varona fue individualista, filosóficamente hablando; (esto no lo aclaro desde luego para Ud., sino de los suspicaces, en caso de que a Ud se le ocurriera publicar esta carta, o párrafos de ella) sin embargo, ha declarado públicamente que el triunfo del movimiento socialista es casi inevitable.

Al capitalismo joven y potente, cuya levadura era un individualismo estimulante, ha sucedido el imperialismo, su etapa decadente; la filosofía que inspiró su crecimiento, en los comienzos, es ahora un «obstáculo en la vía» que conduce más allá; tanto como lo son las actuales relaciones de producción (basadas en la propiedad privada de los medios de producción) en abierta contradicción con el volumen de las fuerzas productivas, a un desarrollo ulterior de las mismas.

Cada época frutece una filosofía y una corriente ideológica que podrá aparecer, para los que no siguen el ritmo de los «tiempos», una vía estrecha,

262 lo cual no es óbice, sin embargo, para que por esa línea avance disparado hacia el futuro el tren de la Revolución Social.

Todo lo antes escrito es para demostrarle, mi querido amigo, que no ser comunista actualmente equivale casi a ser reaccionario, y obliga a ser espectador del drama social, cuando no bulto sobre el cual pasan rechinando las ruedas inmisericordes del devenir. Aún un grande hombre será inútil cuando se empeñe en detener o encauzar un proceso histórico con armas ideológicas anacrónicas. El fin, es siempre, una parodia de la muerte de Juliano. Un ¡venciste Galileo!

¡Qué engañado está Ud. al creer que los comunistas afiliados lo son a un dogma! Ante el devenir constante, ante la dinámica que está sujeto todo, hombres, cosas e ideas, el dogma propiamente dicho cae como un ídolo propio de sociedades en estado de estancamiento.

El marxismo no es una verdad indiscutible; es sólo un método, y la vía que sus ejecutores seguimos no está, tampoco, trazada de manera dogmática, tan es así que a medida que nuestro tren (de vía estrecha o ancha, como Ud. quiera) avanza, sus propias luces descubren nuevas perspectivas y muestran con detalle el desarrollo de una meta prevista solo en sus líneas generales.

El leninismo, según Stalin, es el marxismo aplicado a la época del capital financiero, es decir, a la época del imperialismo. Lenin desentraña el contenido de la etapa histórica y amplía la visión de Marx, mediante la aplicación de la dialéctica marxista al proceso histórico actual.

La economía marxista, que fue construida con el mismo sentido del devenir que anima todo el pensamiento del fundador del socialismo científico, al igual que el materialismo histórico, su genial interpretación de la Historia, no sólo no son dogmáticos, sino que son destructores de todo dogma.

Esto no quiere decir que «algunas verdades científicas y perfectamente controlables prácticamente» sobre todo por el estudioso, no tengan forma dogmática en la mente popular.

Cesar Vallejo, en su libro *Rusia en 1931*, trata en un capítulo de su interesante obra de la dogmática y mítica revolucionarias.

Las contradicciones crecientes del capitalismo que él señala como dogma revolucionario es, sin embargo, y todos los comunistas afiliados lo saben, una verdad económica-política de fácil demostración, nada parecida a la «divinidad de Jesús».

Entre el elemento mítico, se puede citar la «lucha final». De esta convicción profunda, que surge sobre su infinito dolor, brota potente del proletariado la voluntad de triunfar en una «lucha» que sea «final» de toda desventura.

A pesar de esto, un comunista capacitado debe saber que, de acuerdo con la idea medular y que inspira y fluye a través de todo el pensamiento marxista, a saber, el devenir constante, el eterno flujo, la dinámica universal y social, como producto de contradicciones intrínsecas que toda situación contiene y que sólo desaparecen en períodos de equilibrio para volver a reaparecer después al punto, es imposible llegar a alcanzar una etapa final en la cual no haya lucha, en la cual la contradicción, el conflicto, no sea «madre de todo acontecimiento».

No me refiero a otros puntos de su artículo porque haría demasiado larga esta carta. Quizás habrá tiempo en otra ocasión.

Mañana seré trasladado a Isla de Pinos y se me dificultará saber de Ud. Allá veremos.

Le saluda afectuosamente.

Salud y Revolución

(fdo.) *Gabriel Barceló*

MUERTE DE GABRIEL BARCELO*

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

La tuberculosis, esa repugnante aliada de las clases explotadoras, revestida de una de sus más terribles formas, acaba de arrebatarse a un luchador más, a un excepcional luchador de los oprimidos, a un infatigable atleta defensor de los «pobres del mundo».

La tuberculosis, después de labrar traidoramente en los pulmones jóvenes de Gabriel Barceló, fue a alojarse dentro de la clarísima cabeza del luchador... Parece una atroz burla de la enfermedad, pues fue precisamente Gabriel un hombre de una mente sin nubes, un hombre con visión real de los acontecimientos, con una instintiva adivinación de los hechos, reforzada

* Publicado en el periódico *Ahora*, febrero de 1934.

264 por sus constantes estudios marxistas. La tuberculosis sanguínea, atacando sus centros mentales, destruyó con rabia poderosa todo aquel mecanismo espléndido y una densa tiniebla sumió en la inconsciencia más impresionante al inolvidable compañero.

Los que estuvimos a su lado, minuto a minuto, a través de la angustia inenarrable de su agonía de una semana, no podremos olvidar jamás su alentar desesperado, su afán indescriptible de vivir por encima de todos los sombríos axiomas de la ciencia, y en los oídos y en los ojos se nos quedará para siempre el cuadro patético y desgarrador del compañero joven que se moría sin remedio, rodeado por la impotencia de tantos que bien hubieran querido darle parte de su vida, llamado a la vida por las palabras sin consuelo posible de su madre, la primera compañera y amiga del hijo ejemplar...

Y mientras el compañero moría, mientras se extinguía crepitando esa llamarada clamorosa y ascendente que fue la juventud de Gabriel Barceló, con todos los sentidos conmovidos por una emoción sin paralelo en nuestras vidas, todos, como en un kaleidoscopio vertiginoso, repasábamos la vida del camarada y del amigo, y ponderábamos su espléndida significación política, la generosidad de su sacrificio, su idealismo batallador y ese admirable desprecio con que acogió todas las envidias y las intrigas de los miserables que quisieron suplantar su altura sin tener ni su cerebro ni su virilidad...

Ninguno de entre todos los muchachos que se iniciaron en la lucha revolucionaria por la liberación de los oprimidos, al calor emocional del ímpetu heroico de Julio Antonio Mella y del sacrificio silencioso y tenaz de Rubén Martínez Villena, se pondrá siquiera molesto si afirmamos que fue Gabriel Barceló el que con más decisión, vehemencia y constancia dedicara su vida a la consecución de un ideal.

Ninguno tampoco con más eminentes cualidades, porque Gabriel a la par de una mente vigorosa, enérgica, acostumbrada al inflexible y poderoso raciocinar dialéctico, tuvo un valor sobrehumano y magnético, que lo colocó siempre en la primera línea y a ella arrastró consigo a infinidad de compañeros.

La personalidad de Gabriel Barceló surge en el movimiento universitario de 1927 en el que, a pesar de contar con magníficos luchadores, logró hacer su nombre paralelo de cualquier otro. El temido «Máximo Gómez» lo tuvo en su siniestro vientre asesinator, cuando su arrebatada palabra de adolescente hizo conmover a las masas más de lo que convenía al

sangriento Asno, y vino entonces la primera etapa de largo destierro de tres años, con el hambre, el frío y el trabajo extenuador, simulados por la alegría luchadora de la juventud.

En diciembre de 1930, cuando, cobrando de nuevo impulso el movimiento iniciado por ellos, lanzó otra vez al combate sin cuartel contra Machado a todos los grupos revolucionarios y seudorrevolucionarios, en unión de un grupo de compañeros, Gabriel Barceló hizo de su presencia en Cuba un arma de agitación y una oportunidad de temores y acechanzas para la repulsiva policía del régimen. Las demostraciones del 10 de enero y del Primero de Mayo, tuvieron en él al eléctrico agitador de la palabra violenta, insulto terrible e incontenible y contagioso espíritu combativo y los que a su lado se balacearon con la «porra» nunca podrán olvidar su valor, su desprecio incomparable a la muerte, su frenético y alucinante precipitar hacia el peligro. Fue Gabriel Barceló un tipo de virilidad inaudita, un hombre del que todos, cuando iba a ocurrir algún acto agitativo de masas, sospechábamos la muerte inmediata.

Pero la prisión cayó sobre él, y con la lenta paciencia de un monstruo cobarde y traidor, el inmundo rancho del Presidio minó su organismo, y al cabo de dos años, cuando como burlona libertad volvió a dársele el destierro y el hambre, todo estaba preparado para el asalto definitivo.

Sobre su cama de moribundo, el hombre que más que ningún otro debió morir por la traición de un balazo burgués, emitía estertores impresionantes, hipos espantosos, gemidos prolongados y desgarradores, y su respiración entrecortada y anhelosa, era una fatiga moral, una angustia que estrujaba como una mano la garganta de todos, que ponía neblina de vahidos y de llantos en los ojos y hacía rítmica la marcha del corazón estremecido por la pena honda... Y como si fuera una visión del aliento para la lucha, nos pareció que en el afán agónico de Gabriel Barceló se quejaba toda la clase obrera, sometida y explotada, escarnecida, abatida por dolores seculares, sacrificada cruelmente a la bárbara avaricia de los que hicieron siempre del mundo un mercado y de los hombres un rebaño de explotación...

Pero, así como a la postre la agonía de Gabriel Barceló tuvo un fin, y su muerte se convierte en bandera flamante y triunfadora, así también tendrá su fin cataclísmico la agonía de la clase obrera y al morir, asesinado, el régimen burgués, los oprimidos podrán hacer ondear ante las edades venideras, la bandera gloriosa de un triunfo que costó más sangre y más heroísmo que ninguno, y que contó con adalides como Gabriel Barceló, que supieron arrostrarlo todo y sacrificarlo todo, y cuya altura moral fue

266 tal, que ante su ataúd, a contemplar su rostro macilento, extenuado por la fiebre terrible, sólo se atrevieron a llegar, o los que fueron sus compañeros y camaradas en el combate, o los cínicos cobardes, que vacilaron en seguir su conducta y le pusieron una máscara a la revolución para convertirla en un medro personal, en una usura descarada y ruin que los ha convertido en sombra de hombres, en polichinelas de la revolución...

BARCELO EL "HEROE OLVIDADO"

El «héroe olvidado» de nuestra generación es, sin duda, Gabriel Barceló. Fue uno de los conductores de la insurgencia estudiantil de 1927. Expulsado diez años de la Universidad y compelido a salir del país, rompió con su clase y se abrazó a la causa de los pobres y oprimidos. Inteligencia clara, visión política certera, pluma diestra, palabra demoledora, valor sin tasa, acometividad inaudita, lealtad irreductible a los principios. Sufrió persecuciones, cárceles y destierros. Se batió más de una vez, a tiro limpio, con los matones de la tiranía. Mantuvo en el movimiento estudiantil y en el Partido Comunista de entonces posiciones intransigentemente revolucionarias. Sobremanera frágil de cuerpo, el hambre y el frío del último exilio le deterioraron la salud y retornó ya herido de muerte. Expiró unos días después que Rubén Martínez Villena. Una muchedumbre enfebrecida de estudiantes y obreros escoltó su cadáver entre banderas rojas y canciones. ¿Quién recuerda ya sus dichos y hechos? Carlos Rafael Rodríguez quiso reparar esta injusticia sugiriendo su nombre para una fábrica, una escuela o una granja.

Raúl Roa

(Entrevista para la revista *Cuba*, octubre de 1968).

DE EL GRITO DE LOS MARTIRES

JULIO A. MELLA

LOPEZ. Guerrero, no tengo palabras para ti. El autor de estas líneas se siente hoy huérfano. Bisoño en la lucha, fue con tu ejemplo, con tu acción que él adquirió experiencia.

¡Oh tu verbo de proletario, oh tu acción sindicalista, oh, tu poder de organización! La Federación Obrera de La Habana, la Confederación Nacional Obrera, los Congresos de Camagüey y Cienfuegos son organismos potentes de la lucha de clases. Pero tú, luchador, fuiste el alma de ellos. Mas todavía, a pesar de tu desaparición seguirás siendo el maestro del proletariado cubano.

(Maestro, no es la lágrima lo que te ofrezco en homenaje; tampoco estas líneas —que no son literatura sino acción revolucionaria—; lo que te ofrezco es el juramento solemne de seguirte, de continuar tu obra, de cooperar para que la nueva generación proletaria a que pertenezco supere a la anterior en la lucha por el triunfo de ella misma.)

Nadie conoce tu paradero. ¿Acaso nos es dado a los revolucionarios escoger la forma de nuestra muerte? Caemos como soldados donde la bala enemiga nos encuentre. ¿Secuestrado y vivo?, volverás a la lucha con mayores entusiasmos. ¿Asesinado? «El revolucionario no tiene más descanso que la tumba» —ya lo dijo Saint-Just hace más de un siglo.

Maestro, hermano y compañero: las obras que tú hiciste son mudos monumentos a tu memoria. Cuando nos llegue a la clase oprimida la hora de nuestro triunfo lo obtendremos en gran parte por lo que tú iniciaste. No tendrás avenidas de ciudades burguesas, ni estatuas en los parques públicos. Pero cada proletario sabrá que las organizaciones que tú fundaste son los mejores monumentos a tu memoria.

¡Salud, luchador! Esas organizaciones que tú nos dejaste son nuestros batallones rojos, y algún día ellos gritarán contra los tiranos de hoy, contra el imperialismo, contra el capitalismo criollo —sus aliados— ellos gritarán: ¡Al asalto! ¡Al asalto! ¡Al asalto!

El Machete, México, agosto 16 de 1926. Del folleto de Mella *El grito de los mártires*.

TESTIMONIO DE PEPELIN LEYVA

...Había un compañero que se murió que se llamaba, que fue el único miembro... Cabrerita, el único miembro del Directorio de Comercio. Allí había una mano de reacción del carajo, a tiro limpio se la entendía, y no dejaba abrir. Cada vez que se formaba un rollo, iba para allá, coño, le entraba a tiro a todo el mundo y tenían que cerrar.

Era un tipo del carajo.

Y él pintaba muy bien. Hizo un periódico allá en presidio. Y el periódico ese pues estaba dirigido por mucha gente de izquierda y le echaban a los Menocal, y decían horrores allá adentro, y eso era un lío del carajo. Y hubo que poner el problema del parabán. Me acuerdo de José Soler el que se fusiló, coño, ese era uno de los gritaban: «Abajo el imperialismo, abajo el imperialismo» y un escándalo del carajo...

...Se puso un cañón que cañoneaba de ahí que se acabó; en Calzada estaba Guiteras y Batista y toda esa gente tirando para allá, estaba el tiro haciendo ola por todos lados.

Ahí llegué yo con una gente de la marina en una máquina, venía con ese muchacho que era miembro del Directorio de Comercio, que mantuvo toda la tiranía de Machado la escuela de Comercio cerrada; él sólo a tiro limpio resolvía los problemas.

El estaba conmigo y le dije: «no te muevas de aquí». En lo que se mueve pone el Nacional la bandera blanca y cuando la gente va a subir le tiran de allá y allí y lo mataron. Mataron a Cabrerita y a muchísima gente.

Esa fue la furia por la cual todo el ejército cuando entraba al Nacional le tiraba a Juan, a Pedro y a todo el mundo. Porque ellos ponen la bandera blanca y después cuando la gente avanza le tiran. Allí había cada tirador del carajo, tú no te podías asomar por ningún lado. Estaba Alfonso y esa gente que cuando hacían así ya tú sabes. Una cosa fantástica...